

## **EVOCANDO VIVENCIAS.**

Vuela mi memoria al principio del tiempo, un bello recuerdo pasa por mi corazón. Soy una niña de seis años, estoy sentada a la sombra de un árbol, observo con admiración a una mujer, ella es una persona robusta, fuerte, tiene casi cincuenta años, sostiene con fuerza las manceras del arado que es tirado por una mula. Corre el sudor por su cara, tiene la mirada fija en el surco que se va abriendo, su cabeza está cubierta con un viejo sombrero de paja. Se nota el cansancio pero sigue firme, no desiste hasta ver toda la chacra arada.

Esa mujer es todo vigor, su constancia y determinación se ganan mi respeto.

Es incansable, desarrolla un sinnúmero de actividades, tiene vacas a las que ordeña cada día y hace quesos y manteca.

Los niños del barrio, siempre a su alrededor, participábamos de las tareas. Uno llevaba las vacas a pastar, otro sacaba agua del aljibe para llenar los bebederos, otro daba de comer a las gallinas, los más grandes preparaban la ración para los cerdos.

Tenía muchos árboles frutales y cuando llegaba el tiempo de la recolección ayudábamos en la preparación de las mermeladas.

Todas las tardes preparaba una gran mesa y ofrecía la merienda, hacía el café con leche más rico que he tomado, el pan casero lo untábamos con la manteca y la mermelada que se había preparado entre todos.

Maruja nos hacía sentir parte de una comunidad, nadie quedaba afuera y ella era el alma que la guiaba.

Aún recuerdo esa ternura escondida que tenía, la respetábamos y la amábamos.

Le encantaba enseñarnos a hacer cosas, los días de lluvia prendía un fuego en un gran alero que tenía y cocinaba boniatos debajo de las cenizas, asábamos choclos a las brasas, nos entreteníamos haciendo cuentos, adivinanzas y cantos. Cada uno tenía su tiempo que debía ser respetado por todos. Otro día nos enseñó a hacer jabón, nos asombraba que eso pudiera ser posible. Sobre la mesa tenía los elementos necesarios para prepararlo, soda cáustica, grasa animal, agua, nos iba explicando todo el proceso, nos decía -estén atentos y algún día podrán hacerlos solos-.

Cuando cumplió 50 años dijo - Es hora de aprender a manejar. Se compró una cachila Ford A, salía todos los días con su instructor, fui testigo privilegiada de esa hazaña, sentada en el asiento de atrás iba viendo los avances en el aprendizaje.

Siempre me impactó la capacidad que tenía Maruja para disfrutar cada acontecimiento, cada logro.

Ha pasado una vida desde ese tiempo, Maruja hace muchos años pasó a otra dimensión pero aún siento que camina a mi lado, escucho sus consejos, sus charlas, su risa sincera, su voz fuerte

impulsándome a realizar mis sueños, sentir la confianza que tenía en mí me daba la fuerza para hacerlos realidad.

Ella me enseñó que las mujeres somos poderosas, que tenemos la capacidad para conseguir lo que nos propongamos, que hay que rodearse siempre de personas honestas y sinceras.

María de Armas fue mi amiga, mi maestra, mi paradigma, me regaló su ternura, su cariño, su tiempo, su alegría, sus saberes.

Gratitud eterna.

ZAMORANA.